

La novela de mi padre

Eliseo Alberto

Prueba de que el dolor ante la pérdida puede convertirse en una forma de resurrección: en este emotivo texto Eliseo Alberto, Lichi para los amigos, autor de La eternidad por fin comienza un lunes, Caracol Beach, Informe contra mí mismo, reconstruye la novela de su padre, el gran poeta Eliseo Diego, al tiempo que recupera la presencia de su hermano, el pintor Rapi Diego.

Hace diez años que salí de este pueblo...
Eliseo Diego
Narración de domingo (1944-1945)

I

Hace más de diez años que salí de este pueblo. Eliseo Julio de Jesús de Diego y Fernández Cuervo, mi padre, murió el martes primero de marzo de 1994, cerca de las nueve de la noche, en el pequeño departamento pintado de azul, segundo piso interior, que alquilaba desde hacía tres meses en una calle llamada Amores, colonia Del Valle, Ciudad de México. El nido disponía de dos dormitorios, un baño, una sala con vista al corazón de la manzana, una cocina amplia y un patiecito para el lavado de ropa.

La casa de Eliseo Diego iba siendo poco a poco la de Bella Esther García-Marruz; en apenas diez semanas, mamá la había transformado en un santuario cálido, bienquerido. Las paredes del comedor comenzaban a

Para mi hermano Rapi, con papá



Rapi Diego, Autorretrato

iluminarse con dibujos de mi hermano Constante de Diego (Rapi), naturalezas muertas de Vicente Gandía y paisajes tabasqueños de Carlos Pellicer López; mamá maraba su territorio, como leona en selva nueva, y había hallado columnas para colgar tres platos. En el cuarto principal, que ocupaban mis padres, el poeta tenía su rincón de trabajo —una mesa de madera, un librero estrecho, una lata repleta de bolígrafos baratos, una flamante máquina de escribir, eléctrica. Sobre la mesa, su colección de pipas y las bolsitas de picadura. Un cenicero. Dos cosacos de plomo.

Mi hermana Josefina de Diego (Fefé) levantó su campamento en la segunda recámara y, amorosa custodia de papá y mamá, no les perdía pie ni pisada porque ella mejor que nadie sabía que, de un tiempo a esta parte, ese par de locos podía comportarse de una manera casi infantil. Al menor descuido Bella Esther olvidaba inyectarse la insulina de las mañanas o medirse los niveles de azúcar en la sangre y papá dejaba sobre el lavamanos sus píldoras controladoras de la presión arterial o los fármacos antidepresivos que por muchos años debió recetarse para salir a flote en los mares de una melancolía puntual, relojera.

Mal ventilada, la casa olía a sofritos. Frente al edificio, marcado con el número 1618, había una papelería (la de los bolígrafos baratos) y una tiendita de abarrotes donde papá compraba cigarrillos *Delicados* sin filtro;

pared con pared, una real fuente de inspiración: un gimnasio que frecuentaban actrices rubias, tronantes, ligeras de ropa. El desfile de las modelos alcanzaba su clímax a las seis de la tarde, hora en que el poeta prefería ir por sus cajetillas “con cara de yo no fui”, escoltado siempre por dos amigos camilleros que tenían la misión de apuntarlo por los codos cuando le flaqueaban las rodillas, entre el octavo y el noveno resuello. Mi madre sonreía desde la cocina al sentirlo regresar desfallecido. Fefé recuerda que ese día de marzo el poeta se había estado quejando desde los postres del almuerzo (que si la panza, que si le dolía la cabeza, que si le estaba entrando catarro, que si sentía escalofríos); al ser consultados por mamá, sus hijos entendimos el reclamo de papá como una más de sus clarísimas manifestaciones de malacrianza, mimoso rasgo de su temperamento. Pasó la tarde de buen humor, en lo que cabe. Al anochecer, sin embargo, comenzó a faltarle el aire y se sobrepuso a dos o tres crisis en verdad angustiosas. Murió dormido.

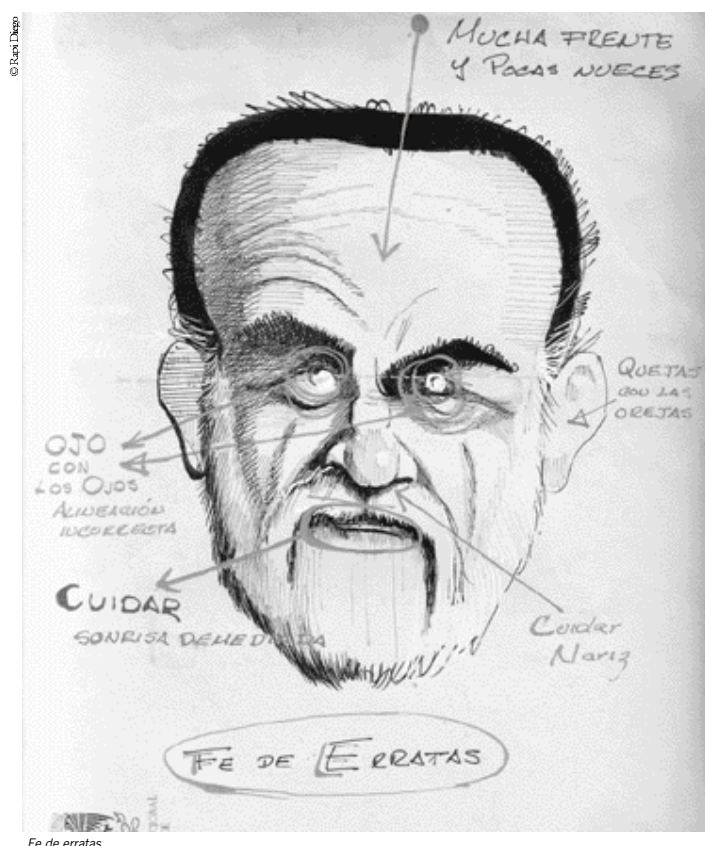
Cayetano, Tanito, también había muerto mientras dormía.

II

Meses después del entierro de papá, en La Habana, mi hermana encontró por casualidad el manuscrito de una novela que, cincuenta años atrás, una tarde de noviembre de 1944, papá había comenzado a redactar de puño y letra “con la ayuda de Dios”, según reza justo encima del título: *Narración de domingo*. El cuaderno estaba tras-papelado en uno de esos sobres amarillos, manilas y marchitos que conservan daguerrotipos impávidos, fe de bautizos o propiedades de tumbas, entre otras minucias perdidas.

Fefé llamó por teléfono, cobro revertido, para contarme del hallazgo; desde mi refugio mexicano, en lo más alto de un cerro de pinos, entre almohadones de cúmulos bajos, yo la escuchaba nerviosa y traviesa al otro lado de la línea, sin ganas de desminuir la merecida contentura de quien halla un incunable en una librería de segunda mano. “Es casi, todo, un libro”, me dijo y contó a vuelo de pájaro cómo lo había descubierto al revisar las carpetas del armero, donde el poeta guardaba sus aguerridos ejércitos de galos, montenegrinos, celtas, austro-húngaros, prusianos de plomo, sus invencibles regimientos insulares. “¿Te imaginas, hermano?... ¡La novela de papá!”, sentenció mi hermana.

La frase dejó un arcoíris de puntos suspensivos entre su casa y la mía. Bella Esther y los tíos Cintio Vitier, Fina García Marruz y Agustín Pi, únicos sobrevivientes de aquellos otoños juveniles, ni siquiera recordaban el manuscrito, lo que nos dice que papá tampoco confiaba demasiado en él —aunque por alguna razón personalísima





Muchacha con flores



Paseo

nunca se deshizo del borrador, a pesar de su manía de espulgar escondites y retener sólo documentos que conservaran algún valor literario o sentimental. Pienso que papá no podía evitar cierta condolencia ante sus textos de juventud, no así por sus escritos de madurez, a los que trataba con una rigurosidad extrema cuando, de tarde en tarde, decidía podar hojas caducas y llenaba de ripios el cesto de basura con una higiénica sacudida de manos —propia de quien tira lastre al vacío, desde la cesta de un globo aerostático. En noviembre de 1944 papá ya había cumplido veinticuatro años, acababa de publicar su primer libro (*En las oscuras manos del olvido*) e iba a celebrar cinco inviernos de noviazgo con Bellita.

Narración de domingo quizá tuvo suerte porque encontró acomodo en el fondo de la gaveta del fondo, allí, claro, por supuesto, no faltaba más, en las honduras de las credencias donde se asientan, tenaces, las cosas que olvidamos olvidar entre otros olvidos. Por lo que mi padre rumia en una línea borrosa, salida de una pluma fuente de tinta negra, andaba por Santiago de Cuba cuando inició la aventura siempre tentadora de escribir, para leer, un libro que jamás había encontrado, por más que lo buscara en muchos sitios diferentes.¹

¹ En el prólogo de *Por los extraños pueblos*, papá revela una de sus motivaciones principales a la hora de “hacer” un libro. Luego de dedicarnos el libro a sus tres hijos, dice: *A los que quisiera decir enseguida cómo sucedió que teniendo ganas de leerlo, y no hallándolo, así completo, por más que lo busqué en muchos sitios diferentes, decidí por fin escribirlo yo mismo. Pareciéndome que habrá otras razones más graves para hacer un libro, pero ninguna más legítima.*

Yo volví avanzada la tarde a este pueblo. Caminé de la estación a mi casa entre los sembrados geométricos de los chinos, cuyas inflexibles líneas eran las mismas de cuando me marché. Cierito que mi abuela, mi gran abuela de moño blanco, no alabaría ya la bendita frescura de las coliflores y lechugas.

Así comienza la novela de mi padre.

El joven Eliseo tenía entonces una letra casi medieval, adornada con vistosas capitulares que dificultan su decodificación. La tinta se trasparenta en el papel, borrada por el relente —que en Cuba es una de las perversidades más socorridas del diablo cuando intenta dejar sin documentación a la memoria: no hay Dios que resista noventa y cinco grados de humedad a medianoche. El personaje principal de la novela se nombraba Tanito. Así le decían sus amigos a Cayetano.

El manuscrito tiene dos fechas marcadas y sugiere tres escenarios de escritura. En la portadilla se acreditan la ciudad de La Habana y el mes de junio de 1945, pero en la página catorce se mencionan otras poblaciones, Sagua la Grande y Santiago de Cuba; en la diecisiete, se lee un arañazo, como al descuido: “La Habana, noviembre 1944”. En la que debería ser la hoja veintisiete, ésta sin numerar, papá se lamenta porque se le acaba de romper su pluma fuente. “El destrozo es apreciable”, escribe en lo que parece el borrador de una carta (¿a sí mismo?), y se alcanza a adivinar un saludo entre charcos de tinta: “Su yo afectísimo, Eliseo Diego”. Dos centímetros abajo, añade: “Esta narración de domingo fue comenzada, ¿pero cuándo será



Eliseo

terminada? Cuándo. Nunca. Ésa es mi opinión”. En la contra cara, papá calca el contorno de su mano izquierda, sin incluir el dedo gordo (¿y acaso retoca las uñas con un bolígrafo emergente?; Rapi asegura que no es un calco sino un buen dibujo). Encima de la mano, como un tatuaje, deja testimonio de cierto cansancio, también evidente en la caligrafía, a esta altura desparramada y confusa: “¡Bha! ¡Bha!”, gime en ángulo impreciso, de proyección ascendente. Pocas líneas después, el escritor se rinde y ya no sabemos más del proyecto.

Cayetano pasó medio siglo en la gaveta.

III

Hoy leo esos treinta folios con cierta aprehensión. Si un murciélago los rozara con el ala, si una mosca se posara sobre ellos, si mi Ángel de la Guarda estornudara de repente, el cuaderno se pulverizaría en un alarido mudo y no quedaría más que una nube de vocales volátiles. Antes de entrar de lleno en la carpintería de la prosa, papá adjun-

ta catorce páginas de apuntes. “El texto está escrito en primera persona por Cayetano, el protagonista. Lo escribe en la calma que sigue a las peripecias, como quien mira, desde la elevación de su almohada, la extensión nítida de su techo de moribundo, semejante al friso de sus aventuras. El tema de su vida es una inmovilidad rocosa sobre la que resbala el agua anhelante de sus ilusiones, la espuma, a veces turbia, de sus sueños. A dos sueños, como a las corrientes principales de un río, intentó entregar su peso incommovible”, teclea en su máquina de escribir, y añade entre líneas, a mano. “Para él no son sueños, sin embargo. Son los huesos (...)”. Cayetano intenta entonces fundamentar su vida sobre el pasado: recordará una experiencia, hará de ella (ilegible) de su vida. Esta experiencia se revela, a su vez, como un sueño”. Luego regresa al tema de las corrientes cruzadas, tejido estructural de la trama: “El primero (el primer sueño) corresponde a su adolescencia. Es el más ingenuo, el menos original, el más puro (...). Es esencial al texto, porque señala el punto más bajo de la marea, el punto de regreso que es el de la partida. Si rve para mostrarnos la inmovilidad de la roca (ilegible) sometida a un impulso, por decirlo así, natural; para subrayar la voluntad, o la culpa, que anima a la segunda corriente con que se pretende conmoerla, en que se pretende complicarla. El segundo corresponde a su madurez. La segunda parte de la novela y de la vida de C., será dedicada a la recuperación de la experiencia de una tarde. Esta experiencia, sin embargo, es sólo un sueño. La segunda parte de la vida de C., está edificada sobre un sueño”.² En una de las páginas de notas, el autor apuntala una primera estructura, apenas el esqueleto que debería soportar el andamiaje de la historia:

Primera Parte

1. Descripción del pueblo. Llegada.
2. Visita al Notario para buscar las llaves. Antecedentes. La familia. Detalles de la vida de C., en la ciudad.
3. La casa.

Segunda Parte

1. Frialidad y desarraigo de su memoria.
2. Encuentro de la copa.
3. Cristalización de los recuerdos en torno a la copa.

Tercera Parte

1. Historia de la aventura.
2. La familia.
3. Relaciones de C., con la abuela.
4. Regreso. Regalo de la abuela.
5. Engaño de los hermanos.

² Subrayado por el autor en el manuscrito.

Por lo que mi padre rumia en una línea borrosa, salida de una pluma fuente de tinta negra, andaba por Santiago de Cuba cuando inició la aventura siempre tentadora de escribir.

Cuarta Parte

1. Escena de la fonda.
2. Aparece el mulato.
3. Busca de la copa.

Quinta Parte

1. Final en el parque.

Una breve distracción. Mi padre fue un incansable lector de novelas (Gilbert K. Chesterton, Emilio Salgari, Virginia Woolf, Henry James, William Faulkner, Franz Werfel, C.S. Lewis, Wilkie Collins, Agatha Christie). En una noche de lluvia, por ejemplo, era capaz de olvidar quién traicionó a quién, y por qué motivo Fulano le enterró a Mengano un cuchillo carnicero por la espalda con tal de volver a disfrutar una buena novela de suspenso. Leía hasta la madrugada, enredado entre sábanas sudorosas. Los espejuelos rodaban por el lomo de la nariz. Sus hijos sabíamos que había suspendido la lectura cuando lo escuchábamos roncar: el libro, sin embargo, quedaba a notable altura, preso en su mano derecha como un estandarte.

El resuello del ronquido seguía batiendo las páginas.

Ese conocimiento (respeto) por el género tal vez explique sus exigencias al encarar la hechura de su propia novela. El argumento resulta complicadísimo: a su regreso, Cayetano pide ayuda para encontrar el resto de un tesoro escondido en las cuevas cercanas al río. Prueba del tesoro es una copa de oro, recubierta de alquitrán, que la Abuela robó a don Pepe, el almacenero del pueblo —misma que Tanito descubre entre los tarecos de la casa. “La copa forma parte de un sueño de adolescencia. Al querer recordar la experiencia, lo que recuerda es el sueño, que toma como realidad (...). Reanudará la búsqueda de ese tesoro y, cuando lo encuentre, encontrará también su adolescencia”.

Cayetano (“imaginación desmesurada”) se convence de la realidad de lo soñado y arrastra a sus hermanos en la expedición. “Ahora, al regresar, es incapaz de distinguir entre la experiencia y el sueño, entre la aventura y la copa”. Sólo cuenta con un testigo: Ambrosio el Mulato. “A cada rato escondías estupideces para mejor inventar

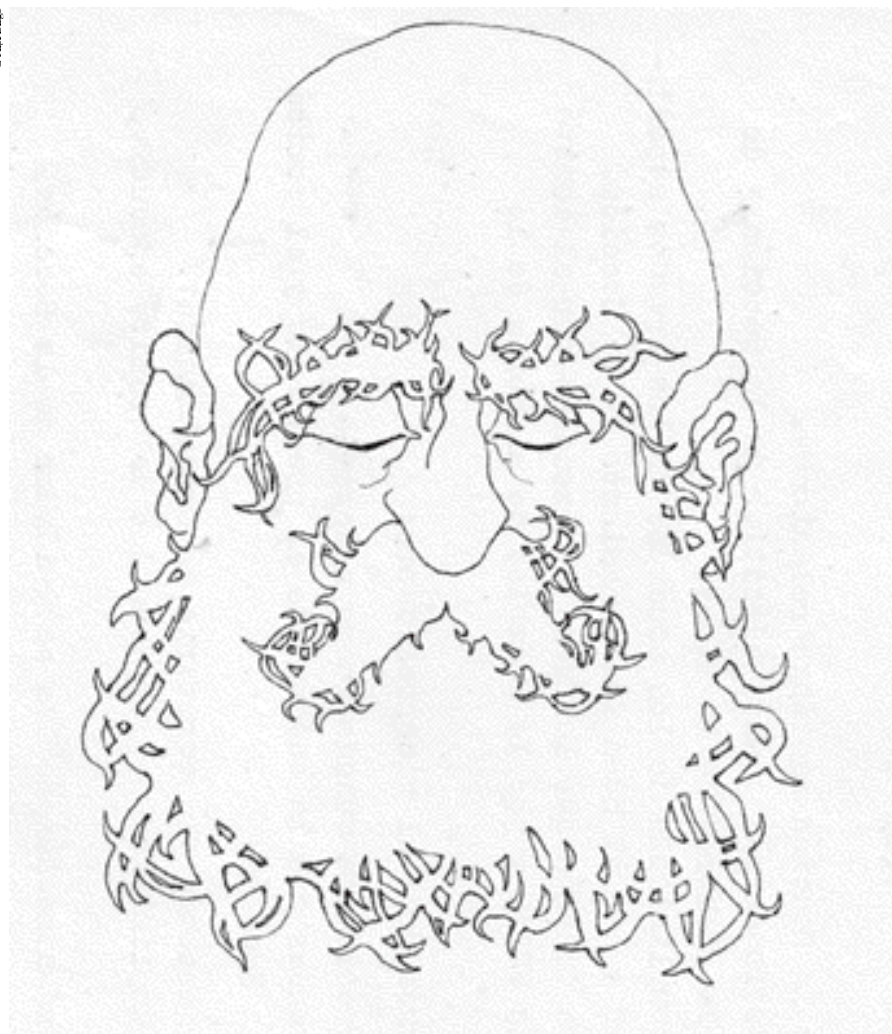
tus mentiras y nos daba gusto desilusionarte no interesándonos por nada”, dice Ambrosio.

El autor remata la sinopsis con la puntería de un experto cazador de imágenes: “Entonces C., despierta de su letargo como un tigre a quien alarman el sueño”. Lu ego, en reflexión aparte, papá se pregunta en segunda persona del plural: “Problema principal: ¿nos da o no nos da material para una novela el tema que consideramos? El tema esencial es el de la aventura o día que se pretende recuperar. La primera parte, entonces, que no tiene relación con este tema sino en cuanto le es un presupuesto



Papá

© Ruy Díaz



Rostro

necesario, ¿puede extenderse hasta constituir cuerpo de novela?”, y responde a renglón seguido, seguro de su propia inseguridad: “Sí, si se logra que la primera parte sea en efecto un presupuesto de la segunda. Que sean incluidos en ella todos aquellos incidentes que sean necesarios a la segunda y que en la segunda es preciso incluir como narraciones incidentales”.

Frase a frase, el escritor va torciendo la espiral de sus dudas: “Cayetano es un soñador, sus ilusiones sueños”. La maraña narrativa es de difícil resolución, pues “el hecho de que la ilusión del futuro sea en Cayetano un sueño, ¿no dependerá de una imperfección que le es consustancial?”, de manera tal que los personajes secundarios (la Abuela, el hermano Pablo, el hermano Andrés, los padres, Ambrosio el Mulato, el Notario, don Pepe, Alejandro, el Cura párroco) “no sueñan sus destinos: los cumplen”.

El joven Eliseo no se decide a comenzar el relato sin antes despejar esas complejas ecuaciones: “Lo dicho en

la página anterior es falso. La primera parte no puede sustituir las narraciones incidentales de la segunda, porque precisamente estas narraciones son elemento esencial de la segunda, en cuanto representan la recuperación del pasado, que va integrándose lentamente, a la manera de los crecimientos coralinos, en torno a la tarde de la aventura”, por lo que papá propone una “Alternativa: C., al regresar a su casa, se siente incapaz de recordar nada de su infancia, lo que atribuye a la enfermedad. Lo que puede recordar se le aparece como frisos inmóviles. Recuerda las figuras, pero están petrificadas en sus gestos como estatuas o fotografías (...). Ha querido darse el gusto de revivir melancólicamente, como a sombras, a sus padres y hermanos. Pero ha regresado justamente como si no hubiese pasado nada: no hay distancia que haga posible el recuerdo. Sus padres y hermanos sencillamente no están en casa. Abatido por esta indiferencia se sienta en el patio y procura recobrar el pasado mediante la repetición de una experiencia de su infancia: bajo el alga-



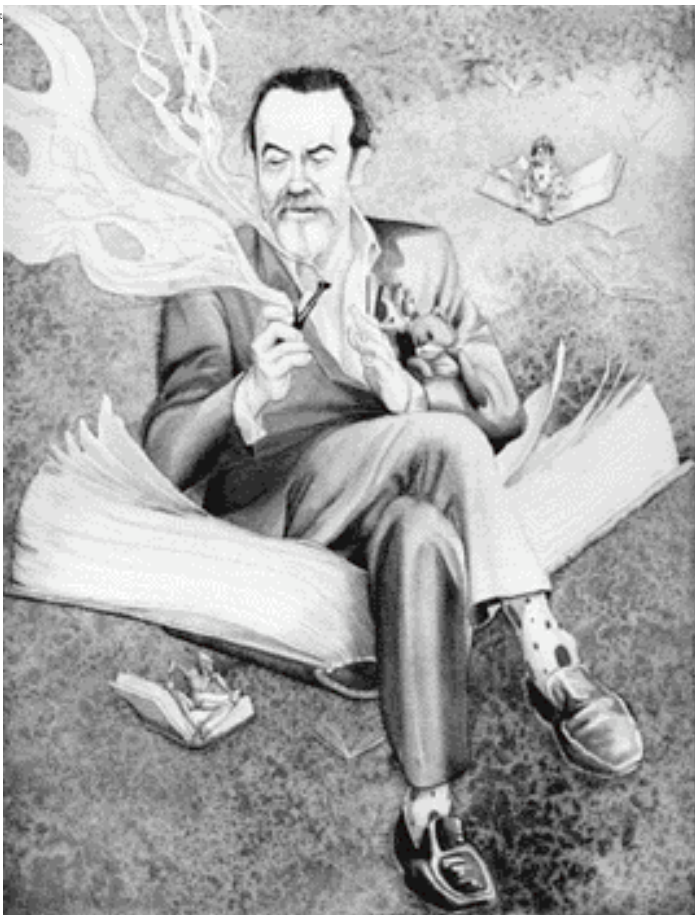
Anciano

rrobo, como en su infancia, hará castillos en el aire, figurará su porvenir. Insensiblemente, lo que hace es revivir su pasado inmediato. Cuando se da cuenta de esto se levanta de golpe, angustiado (...). El primer capítulo estará dedicado entonces a la *inmovilidad* (...). El segundo capítulo se inicia desde la almohada, es decir, desde el cuaderno, es decir, desde la memoria, desde el fin”.

Hasta donde mis hermanos y yo hemos podido descifrar, en algún momento de la narración papá tuerce el hilo de la historia y propone que Cayetano muera dormido y, claro, en su nueva condición no puede regresar de su eterno viaje, entrampado en un callejón sin escapa-

toria, por lo que comienza a deambular por los sueños de sus parientes y allegados, alucinaciones ajenas que flotan en el limbo onírico de la imaginación. “Abrí despacio la puerta y entré como quien entra en un sepulcro. Me pareció que la casa se desahogaba (de mí) como un cansado agonizante (...). La vida es sueño y todos la soñamos, pensé entonces mientras me deslizaba de un cuarto a otro procurando hacer el menor ruido posible (...). No sin temor he abierto los lánguidos escaparates, imaginando tropezar con no sé qué cómica criatura, algún pañuelo, quizás, o una media solitaria que en su patética solicitud sería la imagen más cruda de otra muerte”.

Leía hasta la madrugada, enredado
entre sábanas sudorosas. Los espejuelos
rodaban por el lomo de la nariz.



Eliseo

A saltos, de extrañeza en extrañeza, Cayetano (o lo que perdura de él) se va enterando de cuánto lo aman u odian sus seres queridos, un conocimiento que no le sirve de alivio pues no tiene forma de pedir perdón ni posibilidad alguna de concederlo. El descubrimiento lo abruma. “Mis hermanos y yo teníamos, cuando jugábamos a los ladrones, un tribunal que se reunía en esta sala. Mi hermano Pablo procuraba que le diese en la cara el verde, mi hermano Andrés que le diese el azul, yo que el rojo. Hoy que he vuelto solo a casa, luego que sonó el gran eco de la puerta hasta lo último, me detuve en mi sitio antiguo. El rojo me bañó la cara y extendí los brazos: sobre una mano sostuve el verde, el azul sobre la otra”.

Papá no incluye el desenlace, así que el durmiente vuelve a quedar descolgado, errante, dantesco, abriéndose paso a aletazos entre la niebla de una novela inconclusa. “Yo creo que nadie puede ordenar su vida, que nadie le pueda escribir argumento y dejar luego que ella llene por sí las descripciones y adorne con alguna que otra sorpresa los diálogos. Un verbo más bien reflexivo me parece oportuno. Creo que cada cual padece su vida como una enfermedad. Pero entonces tenía ambición, es decir, orientaba mis días hacia una imagen, hacia mi sueño. Las ilusiones son iguales a los recuerdos, *amigo mío*. Sólo que aquellas se arraigan en lo que llamamos futuro y no en el pasado”.

¿Quién sería el tal *amigo mío*?

Por más que busco en la bruma del manuscrito, entre borrones, detrás de las oraciones lamidas por la humedad, siempre sedienta, no encuentro otra referencia a esa huidiza persona, y como sin duda me considero el primer lector de la novela, al menos por un rato, asumo que seguramente soy ese amigo cercano al que el joven Eliseo le cuenta sus sueños, aun cuando me faltaban siete años para nacer aquella tarde de 1944 en que se sentó a escribírmela —y casi sesenta para llorar leyéndola.

Todo termina con un dibujo que papá traza al borde de la página treinta y dos: un hombre de boina y bigotes, lejanamente parecido a mi abuelo Constante de Diego, mira a la distancia —al tiempo que ofrece en la palma de su mano izquierda un objeto que no se alcanza a precisar, envuelto como está en un lío de rayones.

Diez años después de la muerte de mi padre, yo volveré a su pueblo abandonado. Lo haré por él, por mamá, por mis hermanos, por mí. Avanzada la tarde, caminaré de la estación a casa entre los sembrados geométricos, cuyas líneas serán las mismas de cuando me marché. Ciertamente nadie alabaré la bendita frescura de las coliflores. Bajo el algarrobo, como en la infancia, haré castillos en el aire, figuraré el porvenir desde la elevación de una almohada. Cuando me dé cuenta, me levantaré de golpe, angustiado. Dos ríos. Dos corrientes. Dos sueños. Uno a uno.

“Hace diez años que salí...”. Hace diez años. Hoy lo sé: debo terminar la novela de mi padre.

Y ésta es, *amigo mío*. [I]

Asumo que seguramente soy
ese amigo cercano al que el joven Eliseo
le cuenta sus sueños, aun cuando
me faltaban siete años para nacer.